

EL MOTÍN

Año XLIV

Madrid, Sábado 5 de Abril de 1924.

Número 14.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID		ULTRAMAR Y EXTRANJERO
Trimestre..	1,50 Ptas.	Año..... 10,00 Ptas.
Semestre..	3,00 "	
Año.....	6,00 "	
PROVINCIAS		CORRESPONSALES
Trimestre..	1,50 Ptas.	25 números. 1,50 Ptas.
Semestre..	3,00 "	
Año.....	6,00 "	

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuando se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Alberto Aguilera, núm. 52.-MADRID.

ejercitar de acuerdo el derecho que el decreto reconoce y exige cumplir.

Se han prorrogado hasta Julio los presupuestos, con excepción de los de Presidencia, Marina y Gracia y Justicia. Se ha explicado en una nota oficial, porqué no ha habido economías, y se ha prometido que las habrá.

Los periódicos han publicado un telegrama de Roma extractando declaraciones que el presidente del Directorio ha hecho al corresponsal de un periódico romano. De él son estas palabras: «Quiero rendir homenaje al patriotismo de todos los partidos políticos que, en lugar de combatirnos desencadenando luchas políticas, á todas luces perniciosas, se han mantenido en una actitud expectante, á fin de dejar que se desarrolle la obra del Directorio.»

deza. Su santa madre durante el embarazo tuvo muchas y muy significativas revelaciones. Unas veces se la hacía ver que daba á luz un hermoso y blanco cordero al cual corrían á devorar fieros y espantables lobos, los cuales al llegar á su lado se quedaban paralizados y morían. Otras veces veía que de su seno brotaba una intensa llama que devoraba toda la tierra, y otras que una lluvia de sangre le caía encima saliendo una flor de cada gota, aludiendo á su glorioso martirio.»

—¡Qué suerte de madre!

—Apenas nació no se observaron en él las rarezas y molestias de los niños de su edad. Se vió con asombro que ningún sábado quería tomar el pecho, lo cual hacía en obsequio á la madre de Dios de la que habría de ser tan devoto.»

—¡Válgame, Dios! ¡Y qué disparate! Pero, ¿es posible que un niño de pecho, de un mes, supiera quién era la Virgen, la tuviera devoción, y juzgara como una obra meritoria privarse de mamar un día á la semana?

—Pues claro que sí; por eso era un milagro, y yo he sido contar de muchos santos una cosa parecida. Pero ya se hace tarde; lea usted aquello del martirio, cuando le cortaron la cabeza.

—¡Ah, sí! Aquí está: «Entonces el sultán le dijo que habría de abrazar el Corán, y renunciar á Cristo, pues de lo contrario le cortaría la cabeza; pero él, firme y valeroso, contestó que jamás haría traición á su fe. Y á una señal del rey moro, el verdugo, que estaba detrás, de un sólo golpe de alfeje le cortó la cabeza. Nuestro santo cayó de rodillas, la cogió con sus manos, y dándole un beso en la frente fué á caer á los pies del sultán...»

—¡Ja! ¡Ja! ¡Y con qué boca la besó si tenía la cabeza en la mano?

—Esta señal justa tiene el espíritu del mismísimo demonio, como si para Dios hubiera nada imposible. Pues por suceder así, ahí está el milagro.

—Pues nada, nada, que Dios les conserve la fe.

F. G.

Cierta agencia funeraria anunció entre sus específicos unos ataúdes de ilusión.

—¿Qué viene á ser eso?, preguntó un curioso al encargado.

—Unos féretros muy bonitos, contestó, dentro de los cuales los muertos se hacen la ilusión de que no lo están.

De jueves á jueves

Según los comunicados oficiales de los últimos ocho días, en Marruecos ha habido agresiones de poca importancia en ambas zonas, ya á las posiciones avanzadas, ya á los convoyes.

Se ha publicado la nueva ley de reclutamiento. Se establece que el servicio militar sea obligatorio y dure dos años en filas; y con las reservas hasta diez y ocho años. No habrá sorteo. Se establece una escala de cuotas para reducir los dos años de servicio activo, según la situación económica de los reclutas.

Se han nombrado los nuevos Ayuntamientos en toda España, designando los delegados gubernativos las personas que han de integrarlos. En algún sitio, miembros de la Unión General de Trabajadores designados para la concejalla han renunciado, por entender que su partido no debe aceptar cargos sino de elección popular. La Unión General de Trabajadores y el partido socialista han aceptado, aun condenándolo y solo por imperio de las circunstancias, el voto corporativo, y han formado un Comité mixto para

Cine clerical

CHARLA FEMENINA

—Siga, siga usted leyendo: á mí se me hace la boca agua oyendo estas cosas.

—Y á mí.

—Y á mí.

—No, no arrugue usted la geta, señá justa, que todo esto es verdad, porque si no, no lo dejarían poner ahí.

—Pero si yo no digo nada. Vaya, que también es manía la que han tomado ustedes conmigo.

—Si la estoy mirando á usted con el raballo del ojo y hace usted cada gesto de incredulidad que vale un mundo.

—Manía de ustedes: yo cigo y callo, y en mis adentros pienso lo que quiero. Eso no n.e lo puede prohibir nadie. A esto podríamos llegar: no poder pensar siquiera.

—¿Quién se lo prohíbe?

—Vaya, vaya, á callar... ¡Caray! Qué ganas de armar camorra tienen ustedes siempre...

—Siga, siga, señá Fíors.

—Quedábamos en el racimiento del santo. Dice: «Tal había de ser la grandeza y mérito de este gran siervo de Dios, y tan maravillosas sus virtudes y prodigios, que aun antes de ver la luz de este mundo ya quiso el cielo demostrar cuánta había de ser su gran-

EL CRIMEN DE AYER

(PEQUEÑO POEMA TRAGICO)

I

Es Marcelino un golfo perulario
que en cuanto brilla el sol en Oriente,
creyéndose un Rubinstein del manubrio,
empieza á dar la lata al vecindario.
Su música estridente
resuena sin cesar, de las Vi-tillas
al barrio popular de Maravillas.
Cuando las notas del piano andante,
que un golfo arrastra á guisa de jumento,
esparcen por el viento
del Cangrejo la música brillante,
deja la modistilla su costura,
se aparta del fogón la cocinera,
y abandona su puesto de verdura,
trémulo el corazón, la verdulera.
Que así como en lo antiguo el tracio Orfeo
con el suave me-teo
de su plectro á las fieras amansaba,
así con el manubrio Marcelino,
al par que destrozaba
el arte de la música divino,
mil tiernos corazones trituraba.

II

Entre las bellas niñas
que del rufn y arenoso Manzanares
sumergen en las linitas
la ropa que debió lavarse en casa,
descuellos Nicolasa,
la moza de más rítmicos andares,
de más redondo y abultado seno,
de más recias cañeras,
de más dulce mirar y más sereno,
y de formas, en fin, más hechiceras
de cuantas chulas lucen su persona
en Lavapiés, Amparo y Pingarrona.
Al ver á Marcelino
que un día de la hermosa primavera
llenaba de armonías la ribera,
la pobre Nicolasa perdió el tino.
Y como Inés de Uloa el oratorio,
abandonó Colasa el lavadero
vencida por el aire sandunguero
con que mueve el manubrio aquel Tenorio.

III

Fué nido de su amor una guardilla
tan alta cual ninguna;
tan alta, que á do brilla
el astro de la noche se encumbraba,
de modo que en el cielo se juntaba
una luna de miel con la otra luna.
Y ve, lectora, cómo el niño alado
allí do se le antoja para el vuelo,
convirtiendo de amor en Paraíso
un humilde rincón de un sexto piso
con principal á más del entresuelo...
No son opuestos el amor y el vino,
antes sin vino la pasión enfría,
—así, á lo menos, lo afirmó el latino—.
Por eso Marcelino
—que también él sus clásicos tenía—
al vino se entregaba locamente,
ó, con verdad hab'ando, al aguardiente.

IV

¡Oh, fruto de la vid! La vida humana
sus instantes te debe más felices;
la inspiración copiosa de ti mana
y del arte fecundas las raíces.
De pámpanos ceñiste la cabeza
del dulcísimo vate Anacreonte;
de ti arranca la trágica belleza,
por ti del llano al empinado monte
las carcajadas sueñan de Sileno.
y por ti las bacantes, desgrefnadas,
al aire el duro seno,
de yedra coronadas,
blandiendo el tirso en la derecha mano
cantan el himno alegre de la vida,
el brindis soberano
que á la embriaguez y al gozo nos convida.

V

Pero hay, lector, quien tiene malo el vino,
y eso le acontecía á Marcelino.
¡Cuántas veces después de su odisea
por las calles y plazas de la villa
que él siempre con su música recrea,
regresaba á su casa
de vino hasta la misma coronilla,
y á golpes la emprendía con Colasa!
Mas ¡lo que es el amor! La lavandera
con gozo aquellos golpes recibía,
y si alguna comadre le decía:
—¿Cómo puedes vivir de esa manera?
contestaba la moza con salero:
«Es este querer mío
como la ropa sucia que va al río:
cuanto más me sacude, más le quiero»;
que el amor y la ropa, cosa es clara,
á fuerza de golpazos dan la cara.

VI

Como dijo el krausismo,
el tiempo y la mudanza son lo mismo.
¿Qué resiste á la fuerza de las horas,
esas gotas del tiempo destructoras
que eternamente fluyen,
y cayendo con ritmo persistente,
igualmente destruyen
el recio roble que la frágil caña,
el palacio eminente
que la pobre cabaña,
que en los prados la humilde hierbecilla
y el templo de los siglos maravilla?
Nínive y Babilonia, ¿qué se hicieron?
Del Partenon, ¿qué queda?
Las conquistas de Roma, ¿adónde fueron?
Hasta la gloria de los dioses rueda
deshecha por el polvo. Todo pasa,
como pasó el amor de Nicolasa,
que si no harta de pan, harta de tortas,
un día dijo: «vuelvo», y de la casa
salió del borrachín organillero,
y se marchó á vivir con un torero.

VII

Y lo mismo que el otro Marcelino
que cual dice el refrán, se fué por vino
y tropezando el pobre en un guijarro
se quedó sin el vino y sin el jarro,
el pobre Marcelino de mi historia,
por su ciega afición á la bebida,
perdió no sólo á la mujer querida,
sino hasta el mismo anhelo de la gloria.

¿Qué le importaba á Antonio, sin Cleopatra,
el ansiado laurel de la victoria?
No suena su organillo en las Vistillas
ni va de Lavapiés á Maravillas.
Sus notas vocingleras
no regocijan ya á las modistillas,
ni dejan sus hornillas
por oír las sonar, las cocineras.
Roto, y enflaquecido, y extenuado,
un espíritu sólo es Marcelino,
espíritu de vino,
en un vaso roñoso conservado.
Rabia celosa su dolor aguja,
y para hallar la apetecida calma,
en la taberna empalma,
sin solución, merluza con merluza.

VIII

¿Quién pudiera, con pluma *shakesperiana*,
pintaros el furor de aquel Oíelo,
al hallar á su amante una mañana
tomándose una taza de recuelo?
¿Cuál su demente furia
injuria amontonaba sobre injuria!
¿Qué palabras usó, cielo divino,
su lengua disoluta!...
Hasta á la pobre madre de Colasa,
que era de lavanderas un espejo,
y que ya há muchos años que disfruta
de la paz de los muertos, Marcelino
la puso como pelo de conejo.
Contestó la Colasa á tanta mengua,
que no tiene pelillos en la lengua;
sigue el golpe al insulto;

algo brill'a en la mano del amante;
huyen los parroquianos en tumulto,
y vése en el instante
derribada á Colasa, agonizante,
y en pie al organillero denodado,
blandiendo aún el cuchillo ensangrentado.
—Yo la amaba—gritó con voz de trueno—,
y por otro hombre me dejó la ingrata.
Por ella este puñal hundo en mi seno;
que á hierro muere quien á hierro mata.
Y sin hablar ya más, con loco anhelo
y con sañudo tino
se dió de puñaladas Marcelino,
y rodó, ya sin vida, por el suelo.

IX

.....
Chulos y chulas que en la heroica villa
de amor sentís impulsos más que humanos:
*¡Verted, juntando las dolientes manos,
lágrimas, ¡ay!, que escalden la mejilla!*
apresten su aparato fotográfico
para informar del crimen los del Gráfico;
tengan las elocuentes plumas listas
para ensalzar el hecho los cronistas,
y la sonora trompa de la Fama
difunda de continuo,
por todo lo que encierra
el anchuroso cerco de la tierra,
los nombres de Colasa y Marcelino.

MATAMOROS

El coche de las cabritas

Una tarde, mientras fumábamos y bebíamos alegremente, decíamos el poeta Chantepeure:

—He tenido en mi vida grandes triunfos; amores venturosos que me han hecho llorar y amores desgraciados que después de ocasionarme mil torturas me han hecho reír; grandes éxitos teatrales y grandes éxitos oratorios, porque también he mojado mis labios en el vaso de agua azucarada del conferenciante; he recibido perfumadas cartas de mis admiradoras; y todo esto, amores, aplausos, honores y distinciones constituirían lo que comúnmente se llama una existencia feliz—es decir, menos desgraciada que la del prójimo—si en otro tiempo hubiese yo realizado una aspiración y gustado un placer que he deseado toda mi vida; si hubiese podido—se van ustedes á reír de mí, pero no hay que burlarse de ningún ideal—si hubiese podido subir...

—¿Al Capitolio?

—No, á un coche tirado por dos cabritas.

Y al oírnos reír, añadió Chantepeure:

—Sí, señores; me refiero á ese coche de las cabritas que ven ustedes en las Tullerías y en los Campos Elíseos trasladando de un lado á otro un cargamento de niños. ¡El coche de las

cabritas! Esa ha constituido toda la ambición de mi vida, y no he podido verla realizada jamás.

Desde mi infancia, hasta la edad de cincuenta años, no he cesado de decir para mis adentros: ¡Qué dichosos son los niños que pueden pasearse en el coche de las cabritas!

Un día que mi madre—hace ya de esto mucho tiempo—me trajo desde el pueblo á París, á donde la llamaban asuntos de familia, vi por primera vez el coche de las cabritas en el jardín del Luxemburgo. Le vi con sus bridas de cuero rojo, con sus cascabeles y con un muchacho que, vestido de terciopelo, guiaba el vehículo desde el pescante con su látigo en la mano.

—Quisiera—dije á mi madre—subir al coche de las cabritas.

Sin duda tendría que celebrar á toda prisa la buena señora alguna conferencia con su abogado, puesto que me contestó cariñosamente:

—No, hijo mío; hoy no es posible. ¡Mañana!

Y durante toda la noche no hice más que pensar en la promesa de mi madre, y se me aparecían en sueño el coche de las cabritas, los cascabeles, las bridas, el látigo y el muchacho vestido de terciopelo. También iba yo á sentarme como él en el carruaje y á estimular con mis voces el paso de aquellos animalitos.

Amaneció al fin el deseado día, y llegó ese mañana que el hombre está condenado á esperar eternamente. Pe-

ro, ¡oh desdicha!, llovía á mares en París, y no había coche alguno de cabritas en los senderos y avenidas del Luxemburgo. Siguió lloviendo en días sucesivos, y no los hubo tampoco mientras mi madre y yo permanecimos en la capital.

Partimos para el pueblo, y llevé á mi país el amargo sentimiento de no haber podido lograr mi deseo y la vaga esperanza de realizarlo algún día.

Con tal motivo me decía: «Volveré á París, y en París satisfaré mi ardiente anhelo; subiré al coche de las cabritas y realizaré mi secreta ambición de pasearme en él por uno de los jardines principales de la gran ciudad.»

Cuando fui á la capital á proseguir mis estudios, era ya demasiado grande para tomar asiento en el coche de mis sueños. Mis compañeros de paseo se habrían burlado de mí, y, por el pronto, no tuve más remedio que renunciar á mi tenaz propósito.

Crecí, y he envejecido sin haber subido nunca al coche de las cabritas. Y ha sido por culpa mía, porque si bien me arrastraba el deseo, conteníame la vergüenza, una vergüenza mal entendida. Un hombre—decía yo para mí—un hombre á quien han representado obras en el Odeón, un candidato al Instituto, un individuo que pasa por persona seria y formal, ¿puede pasearse en un coche tirado por un par de cabras? Y no me resolvía á subir... y veía pasar y pasar ante mis ojos, como una visión irónica, el eterno, el encan-

tador, el glorioso coche con sus cascabeles, sus bridas y multitud de niños en el interior.

Han transcurrido los años. He perdido todas las ilusiones, y no tengo más que recuerdos; y en honor de la verdad, bendeciría el destino si á todos los gozes de que me ha permitido disfrutar hubiese añadido la dicha de haberme hecho pasear en el coche de las cabritas. ¡Y pensar que he de morir sin haber realizado el sueño de mi niñez y de mi juventud! Lo cierto es que, mientras vivimos, deploramos alguna decepción suñda, pues todos tenemos nuestro coche de las cabritas, al que no hemos conseguido subir jamás... ¡Dame otra copa de Kummel, Julio!

No hay que desconfiar nunca de la realización de nuestras aspiraciones.

En los primeros días del último otoño encontré á Chantepleure en el parque de Monceau. El célebre poeta estaba muy cambiado. Tenía la cabeza cana, el rostro macilento y la mirada triste. Víctima de una parálisis, iba sentado en un cochecillo mecánico y conducido por un criado, que le acompañaba como hubiera podido acompañar á un niño.

Al verme, se sonrió é indicó al servidor que se detuviera.

El pobre paráltico me alargó entonces la mano y me dijo:

—¡Ya ve usted cómo al fin se han cumplido mis deseos! Antes de morir me ha deparado el destino lo único que me faltaba. ¡Ah! tiene usted el cochecito de mis ensueños!

JULIO CLARETIE

REMITIDO

Sr. Don José Naksens

Mi siempre estimadísimo don José:

En El Motin del día 29 de Marzo del corriente año 24, en su Sección amena, hay un cuento ó chascarrillo que entraña una dolorosa verdad.

El chascarrillo en cuestión es aquel en que un feligrés se confiesa de que le han robado el reloj. Por lo que después de haber oído el confesor su escrúpulo, le contesta irónicamente, con sarcasmo, con burla sangrienta: «Si conociera usted al ladrón, podría usted regalarle un cronómetro de oro, y así se le quitaría á usted este remordimiento.»

Como este penitente, que revela un alma exquisita, ultra refinada, ultra delicada, ultra pensadora, hay algunos por el mundo que también se encuentran con sujetos como el sacerdote aquel, que en vez de sentirse admirados, confundidos y humillados ante tal pureza de principios, no se les ocurre más que un chascarrillo mordaz, sangriento, de pésimo gusto, para ridiculizar ante su conciencia y las aje-

nas aquel diamantino y refulgente escrúpulo.

Apuesto mi cabeza á que usted es como el penitente de marras.

Yo también soy así, y lo proclamo muy alto, y no me arrepiento de serlo, y de serlo á todos estos vivos que en mis escrúpulos se cebaron, ridiculizándolos.

Vayan á la mierda todos ellos, pero no á la mía, porque es demasiado pura para digna de ellos.

Respetuosamente, *Maria Palomeras Mallafré*

(A) ANGELICA DEL DIABLO

Barcelona, 31 3 24.

Sección amena

Hundido, más que sentado, en inmenso sillón de la biblioteca del convento y con las manos cruzadas en actitud beatífica sobre su abultado vientre, el reverendo fray Gerundio, prior de la colegiata, sostiene con el hermano cocinero el siguiente diálogo:

—Decid, hermano; ¿qué me tenéis preparado para la santa vigilia?

—Pues para empezar, tiene vuestra paternidad dos docenas de ostras legítimas de Ostende.

—Muy bien; ¿y qué más?

—También os he preparado una sopa de cangrejos y una langosta con mayonesa.

—Bien, bien; ¿y qué más?

—Una poquita de merluza á la vinagreta y unos langostinitos.

—Perfectamente; ¿hay alguna cosita más?

—Unos pastelitos de anchoas.

—No me desagrada, no me desagrada. Y para postre, ¿qué me habéis preparado?

—Pues tiene vuestra paternidad dos clases de alimbar, dos de queso y fruta, y para humedecerlo todo, el vino de Ricja que tanto os gusta. Hubiera querido ponerlos también, por ser de pescado la comida, una botellita de manzanilla, pero ayer terminásteis la provisión y hasta que no se reponga...

—Nada, nada, ya sabéis que no soy exigente; se lo ofreceré al Señor. Y para la comunidad, ¿qué hay?

—Una sopita de ajo...

—Muy bien, muy bien; que se la coman, ¡pobrecitos! que se la coman, que también son hijos de Dios.

En cierta barraca de un balneario había tres departamentos con estos letreros:

Sexo masculino. Sexo femenino. Sexo eclesiástico.

Un obispo habla con un joven de malas costumbres, y sin fijarse en ello le presenta la tabaquera.

—Gracias, monseñor; no tengo ese vicio.

—¡Ah!, contesta el prelado sonriendo; desengáñese usted; si esto fuese vicio; usted lo tendría.

—¡Qué buena cosa es la probidad, decía un tendero muy devoto; y qué crédito hace adquirir á los comerciantes! Y añadía:

—Oye querida esposa, ¿has echado agua al vino y al vinagre?

—Sí, ya está.

—¿Y pólvora al aguardiente?

—También.

—¿Y harina al azúcar?

—Lo mismo.

—¿Y sebo á la manteca?

—Todo está hecho, hombre, todo está hecho.

—Vaya, pues vamos á rezar el rosario, y después nos acostaremos en gracia de Dios.

—¡Bendito sea su santo nombre, esposo mío! ¡Así debían ser todos los comerciantes, y no unos pícaros herejes y pecadores empedernidos!

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Francisco Ubierna, Orense, 1 peseta; Sebastián Enola, Ribarroja, 1; Sandalio Merdo, Cadiz de Cáceres, 1'50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Orense.—Francisco Ubierna, abonada su suscripción á fin Marzo 1925.

Aranjuez.—Mario Martín, id. á fin Diciembre 1924.

Felanit.—Centro Republicano, id. á fin Agosto 1924.

Casalla.—Hilario Brito, id. á fin Diciembre 1924.

Falset.—Cooperativa Obrera, id. á fin Marzo 1925.

Ribarroja.—Sebastián Enola, id. á fin Marzo 1925.

Casas de Cáceres.—Sandalio Merdo, id. á fin Junio 1924.

Jerez.—Enrique Lozano, id. á fin Junio 1924.

Ferrol.—Tomasa Torrente, recibido su giro de 6 pesetas; conforme.

Cedeira.—Hermance Arrivi, id. de 10; van libros.

Villafranca.—José Alfaro, id. de 6'25; conforme.

"El libro de la muerte"

Consuelo para la vida

FOR EL PRESBITERO

Don Ramón Sarmiento

PRECIO: TRES PESETAS

FRANCO DE PORTE Y CERTIFICADO

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.—Madrid.